

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire.”

- GALERIA DE DAMAS -



Sra. Doña CAROLINA MENDEZ DE CHIARI

Comienza hoy "EL HERALDO DEL ISTMO" la publicación de los retratos de las más distinguidas damas de nuestra sociedad, como un homenaje á la virtud y á la belleza de la mujer istmeña.

Adorna hoy y abriga las páginas de este número el fotograbado de la virtuosa y bella señora Carolina M. de Chiari, amable é inteligente compañera de nuestro muy querido amigo don Eduardo Chiari. Y es nuestro deseo, al abrir con ella nuestra galería, rendir homenaje de respeto y simpatía á tan noble dama, que sabe conservar con orgullo la herencia de virtud de las matronas de su casa y de su nombre.

Teatro lírico español

"DOLORES"



La Banda Republicana ejecutará próximamente en el Parque de la Catedral un *pouppuri* de Dolores, la ópera española famosa del Maestro Don Tomás Bretón, Director del Conservatorio de Madrid, la cual ha sido no hace mucho estrenada en Italia con éxito algo más que lisonjero.

La ópera en cuestión ha merecido ultimamente en Europa, al decir de la prensa, aplausos sinceros de hábiles conocedores y por súplica nuestra el señor don Santos Jorge A., ha accedido á hacer un arreglo de la obra para de este modo darla á conocer del público panameño aficionado al Teatro.

Escribimos estas líneas con tendencias generosas y sin ningún interés personal. Queremos hacer luz desde ahora sobre la manera más adecuada para que sea estrenado el Teatro Nacional, cuya construcción avanza rápidamente, y este artículo no es otra cosa que el primero de una serie que iremos publicando á medida que así lo exijan las necesidades del momento, pues es á la Asamblea á quien toca dictar las disposiciones del caso sobre este particular.

Una tarde nos decía un inteligente é ilustrado amigo, estas palabras:

Debemos nosotros defender con todos nuestros bríos el idioma, amenazado ahora de firme por las inmigraciones, y el Teatro Nacional debe ser estrenado con obra castellana.

Estas frases sentenciosas, justas y llenas de verdad nos hicieron pensar desde entonces en la *Dolores* de la cual conocíamos ya algunos trozos de música y el libreto, que es extractado del drama del mismo nombre de Filii y Codina, cuyo extreno en 1893 en Barcelona y algo más tarde en Madrid, fue un triunfo de esos que dejan sentada la reputación de una obra de bríos.

Espíritus descontentadizos juzgarán talvez prematura nuestra labor y para evitar estas y otras suposiciones es del caso copiar lo que dice el Maestro Parelli con respecto á *Dolores* en carta de fecha reciente que reposa en nuestro poder.

Dice Parelli al profesor Mari, entre otras cosas, lo siguiente:

«Me pide usted mi modesto parecer sobre el Maestro Bretón y sobre su ópera *Dolores*. No me es difícil darlo y lo hago con tanto mayor placer cuanto que he tenido la fortuna de estudiar y admirar al Maestro Bretón y de dirigir su ópera en el Teatro del Verme.

El Maestro Tomás Bretón es hombre de profunda y variada cultura, de anchas miras y

de ideas modernas. Son célebres sus luchas por crear en España la ópera nacional. Esto le produjo muchos enemigos naturalmente, pero acabó por triunfar porque además de la defensa de sus ideas hecha por libros y por la prensa, la robusteció con óperas bien reputadas como *Los amantes de Teruel*, *García* y la afortunadísima *Dolores*.

Por lo demás la manera cómo es él tenido en consideración tanto en España como en el exterior lo demuestra el hecho de que es Director del Conservatorio de Madrid y cuando el editor Sonzogno quiso escoger, entre los mejores maestros vivientes el jurado para su concurso internacional, llamó al Maestro Bretón para representar á España.

Dolores es una ópera de color local. Ambiente y no solo personajes sino también los diversos sentimientos, como el amor, el odio y el honor, tienen la impresión española, ó mejor dicho aragonesa.

Y es por esto que la ópera es de difícil ejecución.

Si algunos trozos parecieron largos y poco interesantes aquí en Milán, fue porque algunos artistas no supieron rendir á la evidencia este color local. Pero la ópera tiene magníficos elementos de vitalidad. El primer acto casi todo y con especialidad el tercero son tales que cualquiera de los más grandes maestros se honraría de haberlo escrito. El segundo es un poco menos interesante, precisamente por la razón que dejo apuntada arriba, pero con una buena y justa ejecución agrada tanto como los otros dos.

He aquí mis impresiones con respecto al Maestro y su ópera á propósito de la cual agreego que la he recomendado á varios empresarios seguro de que representándola harán excelente negocio».

Es pues Dolores la obra que (en caso de que no resulte entre tanto una nueva mejor) merece ser la escogida para estrenar nuestro Teatro, por ser de carácter artístico elevado, de tendencias y de origen netamente español, con libreto en castellano y por estar ya reconocida sin duda alguna como una de las joyas modernas del arte teatral peninsular.

No es nuestro público muy aficionado al drama, y la zarzuela del género chico con sus chistes de subido color, su música ligera que los virtuosos llaman encanallada y su falta de argumento sustancioso, no son géneros que debemos aceptar para la inauguración del Coliseo que viene á representar el grado de ilustración del público de Panamá que asiste al teatro.

Además el drama para convencer—al actor no le basta defenderse en la escena: es necesari-

rio que vonza sería necesario verle trabajado por un Díaz de Mendoza ó un Tullier, adquisición algo difícil para nosotros por los grandísimos gastos que ocasionaría una *troupe* de estos actores ya acostumbrados á hacer temporadas en poblaciones grandes como Buenos Aires y Santiago de Chile y á quienes nunca falta en el bolsillo un brillante contrato.

Nos quedan pues en castellano dos géneros: la zarzuela grande y la ópera; es decir, podremos obtener que una misma Compañía ejecute ambos trabajos y no sólo la ópera netamente española, sino también la ópera francesa ó italiana con libreto traducido al castellano y con toda su música original; que es como ahora se está poniendo en escena en los teatros peninsulares, trabajo en el cual la Barrientos y la Sins están cosechando triunfos muy legítimos al decir de críticos autorizados.

Es este el espectáculo que debemos escoger para abrir con él las puertas del Teatro Nacional y el éxito, estamos seguros de ello, será admirable.

Hay que optar por la actuación mixta ó bien sea por la opereta ó zarzuela grande española y la ópera original ó traducida al español.

Hoy ya no existen compañías, puede decirse, en Europa y América que no se dediquen á ambos trabajos. Aún en ciudades populosas y con poblaciones flotantes tan considerables como París, Londres, Viena y Nueva York las temporadas propiamente llamadas de la ópera consisten en la simple repetición de las mismas obras durante tres meses apenas, las cuales son ya sabidas de memoria por un público que no tiene más estimulantes en esos espectáculos que el hacer ostentación de modas y darse un *rendez vous* de tintes esencialmente aristocráticos. Los virtuosos en estas representaciones pueden contarse con los dedos de las manos.

Agréguese á la esterilidad de ese repertorio el desconocimiento del idioma en que se representarían esas obras y la absoluta falta de preparación de la mayoría del público panameño para imponerle un espectáculo que le resultaría nuevo pero monótono y se adquirirá fácilmente la convicción de que la opereta española con óperas traducidas al mismo idioma son las llamadas á ir refinando paulatinamente nuestro temperamento artístico y preparándonos para la audición de obras musicales más científicas y de más alto vuelo.

ALEJANDRO DUTARY.

1906.

TESOROS DEL CAMINO

El reparto de la Tierra

(DE SCHILLER)

Ante su hermosa y colosal hechura,—así les habló Jove á los humanos:—«Repartirse la tierra como hermanos;»—y cada ser su bienestar procura.

El viejo, el joven, el seglar, el cura,—grandes y chicos, nobles y villanos,—se apoderan de cumbreros y de llanos,—del pueblo, la cabaña y la espesura.

Persiguiendo quimeras, ese día—el Poeta á otros mundos alzó el vuelo,—y al ver, á su regreso, que no había.

Un palmo digno de El en este suelo,—«¿Cuál es mi patria?» preguntó.—«La mía!»—repuso Jove, señalando al cielo.

MANUEL S. PICHARDO.

Mi sueño familiar

(DE VERLAINE)

Tengo amenudo un sueño, que es mi mayor encanto, con mi desconocida que yo amo y que me adora; que por completo no es la misma antes que ahora, ni por completo es otra, ¡y me comprende tanto!

¡Sólo ella me comprende! ¡Y bien conoce cuanto forma el problema ¡ay! triste de mi vida traidoral los fuegos que atormentan mi frente abrasadora, ella sólo los sabe refrescar con su llanto.

—¿Es morena ó es rubia?—Como es ella lo ignoro.—¿Su nombre?—Yo recuerdo que es dulce y es sonoro, como esos de las novias perdidas prontamente.

De las estatuas tiene aquél mirar inclerto, y en su voz de otro mundo, blanda y grave, se siente la inflexión de las voces amadas que se han muerto!

MANUEL S. PICHARDO.

El Gato

(DE BAUDELAIRE)

Mi hermoso gato, ven sobre mi pecho; retén las finas uñas de tu pata y sumergirme déjame en tus ojos bellos, mezclados de metal y de ágata.

Cuando, en huelga mis dedos, acarician de tu lomo la piel suave y elástica, en que, crispada de placer, mi mano tu cuerpo eléctrico y felino palpa,

veo á mi mujer espiritual. Su vista, como la tuya, bestiecilla amada, profunda y fría, corta como un dardo.

y de sus piés á su cabeza extática, aire sutil, perfume peligroso, en torno de su cuerpo bruno nada.

MANUEL S. PICHARDO

La mujer seria

Para Ricardo Miró, poeta



DESPUES de la audición en casa de Narvaez, el conocido virtuoso director de la Academia de Santa Cecilia, salieron del brazo Juanillo Alcorta, Rubén Domínguez y Raúl Estébanez, tres buenos amigos, jóvenes *dilettanti*, inteligentes y alegres.

Sentían ellos, al terminar el acto, necesidad imprescindible de respirar aire puro en abundancia, á pleno pulmón. Su amor á la música los había hecho permanecer por más de tres horas de piés en aquel vasto local de la calle 7ª que sin embargo resultó estrecho en vista de la enorme cantidad de personas que se dieron cita allí ese día.

Con paso lento, como quienes no tienen prisa alguna, se encaminaron á la plaza de la República, y una vez en ella al lujoso café del Pabellón, en cuya terraza llena de mesas y sillas podían reposar un rato y disfrutar de una temperatura agradable.

Raúl Estébanez, el más joven de los tres, propuso á sus amigos saborear un ajenjo, y aceptada la idea con placer, vino el mozo cargado con todo lo necesario para preparar la sabrosa bebida que los médicos califican de veneno mortal y los poetas de divina inspiradora.

Preparóla cada cual á su gusto, y mientras el agua caía gota á gota sobre el verde líquido, que cambiaba paulatinamente su color esmeralda en un precioso ópalo, comenzaron á charlar bulliciosamente de todo á un tiempo, ocupando su atención ya la belleza de la tarde, el calor sofocante del medio día, los compases famosos de *Tristán e Isolda* ó el éxito de la audición, viniendo al fin á recaer en el tema obligado de jóvenes y viejos: la mujer.

En verdad que había concurrido aquella tarde á casa de Narvaez todo lo más selecto de la *high life* femenina, y acerca de la belleza de algunas damas bien conocidas versó la conversación, haciendo comentarios, no muy cristianos á veces, respecto á la conducta de ellas, todo con una ligereza y malicia propia de jóvenes despreocupados.

Vistéis, dijo Alcorta que era un murmurador empedernido, las coqueteterías y monadas de Pepita Fernández, que lucía en las primeras filas su belleza robusta que no amengua á pesar de los cuarenta años bien cumplido que carga á cuestas?

—Sí, contestóle Domínguez; pude verla muy entretenida con Ulpiano Lugherti, el fornído italiano agente del Amargo Turinés y de las camisetas de punto de Florencia, que es hoy su amigo de confianza.

—Lo sospechaba, dijo Alcorta, pues los veo juntos en todas partes. Y envidio á Ulpiano ciertamente, pues me encanta la señora Fernández.

—No me agrada Pepita, dijo en este momento Raúl, quien había permanecido largo rato en silencio, como meditando. Es demasiado gruesa y yo detesto la carne. Mi ideal de mujer es la *miss* inglesa, delicada, exangüe y frágil como un cristal de Bohemia. En la mayoría de las mujeres gordas el espíritu está vencido por la materia y es un fastidio, para mí al menos, estar cerca de ellas y tener que tratarlas.

—No soy de tu opinión, interrumpió Juanillo. Las mujeres que prefieres están buenas para cantadas por un poeta como tú, y para ser de ellos amadas ideales. Pero en la vida triunfan las mujeres de buena complexión, sin ser obesas, de flancos robustos, aptas para la maternidad. Las otras sólo son juguetes de un día y cuando pasan de los treinta años ya parecen ancianas por lo arrugadas y feas.

Pues te equivocas grandemente querido. Ahí se halla, por ejemplo, esa bella Camila que tanto me seduce. Tiene ya treintidós años, media docena de chiquillos y á pesar de eso y de ser delgada como yo deseo, no está ni arrugada ni fea.

—Cierto, pero hay una gran distancia de una *miss* flaca y rígida á Camila, que es un término medio entre aquella y la robusta Pepita Fernández.

—A propósito de Camila, dijo Domínguez de pronto, sabéis si es cierto que visita mucho el estudio de René López, el joven profesor de ciencias recién llegado de España?

—Tal se dice al menos. René es un buen bacteriólogo y parece que Camila es una ardiente aficionada á la bacteriología, dijo Raúl maliciosamente.

—No nos hagas reír con tu ocurrencia. Según eso resultaría ahora que Camila es amiga del estudio y de la reflexión?... Pues entonces debe ser un pozo de ciencia, ya que tiene que haber aprovechado algo con sus numerosos amigos.

—Lo creo así. Y me atrevería á jurar que es perita en ciencias políticas y comercio, hipotecas y finanzas, medicina y cirugía, guerra y marina, idiomas y aún en derecho canónico.

Una carcajada general acogió estas palabras de Estébanez y luego, como la bebida estuviera ya lista, comenzaron á tomarla á ligeros sorbos, paladeándola gratamente con los ojos entornados, como á rico y delicioso néctar.

La tarde en tanto iba cayendo. Comenzaban á ascender las sombras y el ir y venir de gentes á pié, en bicicletas y en carruajes era continuo. Soplaban una suave brisa que hacía mecer las copas de los árboles, dejando entrever las torres de la iglesia mayor que tras ellas se erguían y cuyas campanas hacia un breve rato daban el toque de oración con sonos metálicos y vibrantes, que parecían venir de muy lejos y se perdían confusamente entre el rumor producido por la marea humana.

Breve rato permanecieron en silencio los tres jóvenes, como pensando en cosas lejanas é inciertas.

Mirad qué mujer!—dijo de pronto Alcorta á sus amigos, y les señaló hacia una de las calles del parque.

Todos dirigieron la vista en la dirección indicada. Por ella avanzaba una distinguida dama elegantemente vestida. Venía sola, á paso lento y mesurado, con la falda recogida y justa mostrando la pompa gallarda de las caderas y dejando ver ligeramente un menudo pié calzado con primorosas botinas de charol y el nacimiento de una pierna que debía ser muy bien modelada. Tenía un aire altivo que causaba impresión profunda. Era muy blanca, con tonos rosados; alta, de facciones armónicas, pelo lujurioso y rubio y ojos leonados, unos ojos raros y hermosos.

Al verla, Raúl se estremeció ligeramente sin que sus compañeros distraídos en la contemplación de la bella transeunte notaran al impresión que ésta causara en él.

—He aquí, dijo Domínguez, una preciosa mujer, tal vez la más bella de la ciudad y de la cual sin embargo no hallará que decir la lengua terrible y temible de Alcorta.

—Efectivamente, contestó el aludido; no conozco ninguna crónica escandalosa de ella, pero ¿imaginais por esto que le falta su secreto? Es demasiado bella y demasiado joven para que sea feliz y se resigne á hacer penitencia la guapa señora Cristina Rivadeneira, cuyos padres la sacrificaron casándola á los diecisiete años con el opulento señor Arnoldo de Castroverro, respetable valetudinario, triste, viejo, cojo y feo.

—Cosa que de seguro os sorprenderá, dijo en este momento Raúl, es el caso raro que me ocurrió en cierta ocasión con esta mujer extraña y que voy á contaros si me permitís.

—Desde luego, amigo mío, comienza si gustas. Soi todo oídos, dijo Domínguez.

—Y yo también, añadió Alcorta, pues me alegraría ver confirmada mi opinión sobre Cristina.

—No tanto como supones, querido Juanillo. Mi narración es un relato sencillo que po-

dría ser un capítulo de novela de folletín y titularse así: de como Cristina de Castroverro se burló sin misericordia del cándido poeta Estébanez.

—Me seduce el título extremadamente, dijo Alcorta quitándose el hongo y alisando con la palma abierta sus rebeldes cabellos lustrosos de aceite.

Raúl, ya en silencio sus amigos, comenzó así:

Yo me sentía atraído por la belleza esplendorosa de esta mujer y experimentaba al verla vagos deseos de cosas no bien determinadas que irritaban mi orgasmo de una manera violenta. La miraba todas las tardes cruzar gallardamente la calle mayor en dirección á la casa de sus padres que no deja de visitar un sólo día, y poco á poco á fuerza de contemplarla y admirarla llegó á apoderarse por una especie de oculta fascinación de todos mis sentidos. Varias veces intenté acercarme á ella pero nunca se facilitó el medio oportuno de hacerlo y para distraerme un tanto hube de apelar al triste y bienhechor consuelo de los poetas: escribí muchos versos de que ella era siempre la inspiradora, y á los cuales di publicidad en las revistas y periódicos que yo sabía que acostumbraba leer. Estos versos han sido tal vez los mejores que he escrito y no pocas mujeres se creyeron ensalzadas en ellos. Sin embargo, Cristina no debía ignorar que le eran dirigidos, pues yo no cesaba de rondar su casa y de hacerle comprender por los medios sencillos y comunes de todos los enamorados mis sentimientos.

Mi mayor disgusto era no tener ocasión de estrechar relaciones con ella, hasta que por fin llegó un día en que pude realizar mi anhelo. Fué á bordo de un vapor de la compañía nacional de navegación, y en un paseo por el golfo que dispusieron nuestras primeras autoridades con motivo de algún suceso que no recuerdo de momento.

—La llegada del honorable y endeble Fatt-Williams, comisionado por su gobierno para estudiar la organización del sistema tributario de la República y el estricto cumplimiento de las leyes de inmigración, interrumpió Alcorta riendo.

—Efectivamente, amigo mío, dijo Raúl; y encendiendo un cigarrillo, prosiguió:

Un amigo de entrambos hizo la presentación y por casualidad vine en la mesa á quedar á su lado y la serví de caballero, con algún embarazo al principio y luego con exceso de galantería. Como vosotros sabéis bien, soy algo tímido al comienzo de mis relaciones con una persona, pero esta timidez va luego desapareciendo poco á poco más ó menos rápidamente. En ese día no duró mucho tiempo, alentado como me ví por las amables palabras de Cristina y por unas cuantas gotas de vino que probé. Comencé, pues, un ataque en regla y conduje la conversación al punto deseado para poder manifestarle mi pasión: los versos que había publicado. Cristina me dijo conocerlos, agradecerle mucho y, añadió riendo y en tono confidencial, saber que eran inspirados por Raquel de Castellanos, hermosa mujer algo parecida á ella pero de belleza inferior, que estaba también en la mesa, frente á nosotros. Con todo calor le negué esto, y aprovechando la coyuntura le hice la declaración más romántica y ardiente que podéis imaginar. Temía yo que llena de indignación me reprochara mi atrevimiento, pero con asombro mío la ví permanecer tranquila fijando en mí sus hermosos ojos tan raros y sorriéndome siempre. Esto me alentó y mis piés buscaron los suyos y mi mano derecha que bajé con disimulo se ocupó en exploraciones de una audacia inconcebible, de modo que Cristina se vió obligada á defenderse activamente, aunque en silencio, sin dar á comprender lo que pasaba bajo los manteles á las personas sentadas junto á nosotros. Enardecíame yo cada vez más, hasta que ella exclamó en voz baja y suplicante: Por favor, Raúl, estáos quieto,

Observad que Raquel no cesa de miraros. Y cómo yo la obedeciera, agregó en voz natural: ¿por qué no váis, ahora que el almuerzo concluye y la convidáis á bailar ese precioso valse de Strauss que preludia la orquesta?

Antes de contestar vi hacia el lugar que ocupaba Raquel y observé que en efecto no apartaba la vista de nosotros y aún me pareció que sus ojos lanzaban miradas irritadas. No me importó esto absolutamente, pues nunca la había galanteado siquiera, y volviéndome á Cristina, con voz emocionada le murmuré:

—No es con Raquel, de quien poco me ocupo, con la que pienso valsar. Seréis mi pareja toda la tarde si me otorgáis este don. Pero os ruego que permanezcáis un rato más aquí, á mi lado, le agregué notando que hacía intención de levantarse y hallándome aún impresionado fuertemente con las excursiones audaces de que antes os hablé y que proyectaba repetir.

—Convengo en bailar con voz este valse, respondíome, y sin hacer caso de mi súplica, tal vez para esquivar un nuevo ataque, se levantó en seguida. Me vi obligado á imitarla, y bailamos esa pieza y otra y otra más, hablándola yo siempre de amores, escuchándome ella sonreída y amable, pero sin lograr ni una promesa siquiera de sus labios.

El paseo terminó al fin, ya de noche, y al desembarcar tuve ocasión de quedar con ella un breve rato á solas en un lugar aislado y aprovechándome de esto me apoderé de una de sus manos, cubiertas de sortijas, y le dí un beso ardiente en la punta de los dedos, no pudiendo repetirle conforme á mis deseos por que la retiró ligeramente dándome con su pequeño abanico un fuerte golpe en la cara y diciéndome con voz irritada: sois un atrevido, caballero!

Sus palabras me helaron, pues creí que Cristina llamaría en su auxilio quien tratara de castigarme y temí el escándalo. Pero ella se contentó con lo hecho y volviéndome la espalda se acercó á un grupo de señoras, dejándome allí sin despedirse.

Esta fué mi última impresión del día y y el término de mi aventura amorosa. Después de esto me he encontrado en multitud de ocasiones con Cristina que ha guardado conmigo la más estricta reserva. No parecía siquiera, desdenosa é indiferente, conservar memoria de lo ocurrido en la nave. Suponía yo que quizá el beso la había ofendido y una vez que pude hablarle á solas, en un bazar de caridad, traté de disculparme. Pero ella, sonriendo cortesmente me dijo: yo no me acuerdo de lo pasado ni guardo rencores, Raúl, y seremos amigos si usted se empeña, pero nada más que amigos. Y con exquisita gracia me tendió su manecita enguantada y se alejó.

—No me explico esa conducta, dijo Domínguez, en una mujer que no es coqueta y que tiene fama de ser seria en extremo.

—Efectivamente, contestó Rubén. Pero olvidas amigo mío que las mujeres son en extremo caprichosas y variables, y bien pudo el olor á yodo y salitre del mar hacer que en el pecho de Cristina naciera un capricho raro: el de ver si los poetas hacen el amor como los demás hombres ó si se limitan á bordar frases bonitas sin arriesgarse á los contactos. Pero es lo cierto que Raúl le demostró que á pesar de hacer versos procede con toda la audacia de un clérigo, que es el más audaz de los enamorados, hasta el punto de hacerla concebir temores.

—Pues no fué esa la causa de su conducta, Juanillo. El verdadero móvil yo lo adiviné más

tarde atando cabos sueltos. Habéis de saber que estando Raquel en una visita se alabó de haberme inspirado una pasión loca y de ser ocultamente dirigidos á ella los versos que yo publicaba. Alguna amiga manifestó ingenuamente la creencia de que era Cristina la inspiradora, á lo cual contestó Raquel con una mueca y una frase compasiva. Todo esto fué tenido á broma en aquel momento, pero Cristina llegó á saberlo y herida en su vanidad decidió vengarse de Raquel en la primera ocasión y lo hizo del modo que os he relatado, sin querer pasar más adelante conmigo y contentándose como mujer honrada con hacer rabiar á su amiga que nunca la ha perdonado.

—Confieso que es curioso tu relato, dijo Domínguez levantándose. Has sido causa de discordia entre dos mujeres adorables y sin embargo no has sabido sacar provecho de tu situación.

Hasta cierto punto es verdad, respondió Raúl, levantándose también junto con Alcorta, pero esta historia tiene una segunda parte, ocurrido con Raquel que, si bien no es una virtud ni una mujer superior como Cristina, sí es una dama amable y bella, capaz de ocupar nuestros sentidos por un par de meses deliciosamente. Algún día os contaré esto.

Y ya en plé, antes de partir, apuró el resto del exquisito licor bajo cuyas ondas tranquilas parecen encerrarse misterios tan profundos como los que guarda el corazón humano.

GUILLELMO ANDREVE.



Mignon, la vendedora de flores

Mignon, la vendedora de flores, sonreía con una risa llena de honda melancolía; y cuando levantaba los ojos hacia el cielo, se veía una alondra nostálgica de vuelo.

Mignon era muy bella.

Cuando Mignon cantaba, en el ciprés del Parque el canario callaba. Sus labios, bordadores de raros embelesos, besaban con sonrisas y quemaban con besos. De sus ojos azules un bohemio decía que eran la clara fuente donde abrevaba el día. Su cuerpo, hermoso y rubio, como el de Magdalena, interpretó una hermosa Venus Anadiomena. Y cuando ella tornaba para su bohardilla descubriendo el comienzo de su ágil pantorrilla mientras rimaba un himno con sus finas caderas, dejaba como un hálito de amor y primaveras.

Mas de aquella risueña florista que vendía ramilletes de rosas y noches de alegría, de aquella bulliciosa muñequita nocturna, contaban cuatro auroras que estaba taciturna.

Qué tiene?... Por qué dobla la rubia cabecita sobre sus frescas flores como otra flor marchita?... Por qué vagan inciertos sus ojos como el cielo?... Por qué suspira á ratos con angustioso anhelo?...

Ah, sólo á ella le importa.

Al tímido poeta que entre todas las flores amaba la violeta; á aquél que la miraba con profunda ternura y luego se marchaba cargando su amargura, pasaron seis mañanas que lo vieron sus ojos perderse por la calle de los claveles rojos.

Y Mignon tuvo un sueño doloroso.

Veía que el pálido poeta de la melancolía le mandaba de lejos, con su blanco pañuelo, un adiós impregnado de un angustioso anhelo.



Después cambiaba el cuadro.

Éra un cuartito oscuro. Desde un angosto lecho desmantelado y duro el joven la llamaba con amarga tristeza mientras iba tornándose lívida su cabeza.

Por eso de la alegre florista que vendía ramilletes de rosas y noches de alegría, de aquella bulliciosa muñequita nocturna, contaban cuatro auroras que estaba taciturna.

Al despertar aquella mañana de Verano, tuvo un presentimiento indeciso, lejano, de que vendría el bardo de rostro marfileño á decirle que había mentido el negro sueño. Y al ver que la mañana se apagaba y se iba, de risueña y amable se tornó pensativa.....

Qué tuvo?... Fué que el alma del poeta, querida, vino á darle al oído su eterna despedida?... No sé, pero los ojos de Mignon se entornaron en tanto que dos lágrimas por su rostro bajaron y al caer sobre un lirio que marchitó el Estío brillaron cual si fueran dos gotas de rocío.

Y se alejó en silencio para su bohardilla ocultando el comienzo de la ágil pantorrilla.

Y desde esa mañana, los dulcesruiseñores no vieron á la rubia vendedora de flores, ni al pálido poeta.

Ricardo Masís

EFEMERIDES HUMANAS

14 DE JULIO DE 1789

Al señor Emile Gey, encargado de negocios de Francia en Panamá, y á la digna colonia francesa aquí residente



MAY fechas luminosas, imborrables, imperecederas, humanas!

La Revolución francesa, la caída del absolutismo, la proclamación de los derechos del hombre, el 14 de Julio de 1789, es una de esas fechas!

Y, el redentor movimiento iniciado por los rebeldes franceses, no sólo pertenece á la Francia, pertenece á la humanidad.

Si hubiera sido un movimiento exclusivamente nacional, si los héroes que en él tomaron parte se hubieran dejado llevar por el ególatra sentimiento de la nacionalidad, ni su obra hubiera perdurado ni se hubiera expandido.

El sentimiento revolucionario existía y se agitaba en muchas naciones, atizado por el terrible desnivel, por la enorme distancia que separaba en aquella época la insolente púrpura de los reyes y los magestuosos harapos del pueblo.

Entregados por completo á las guerras de rapacidad y de conquista hasta mediados del siglo XVII, los soberanos de los diferentes Estados de Europa no se ocuparon del régimen interior de sus naciones. Desde esa época comenzaron los choques inevitables entre el absolutismo y el pueblo. Las ideas liberales se habían esparcido. Un anhelo de justicia, de reforma y de libertad se extendió por todas partes de Europa, desde Portugal hasta el corazón de la Rusia. El momento era alarmante para los reyes. Abusos, privilegios, despotismos, torturas; todo estaba llamado á desaparecer. La reforma se imponía. Federico II en Prusia, Carlos III en Nápoles y en España, Gustavo III en Suecia, José II en Austria, Luis XV y Luis XVI en Francia, José I en Portugal y Catalina II en Rusia, atendieron á los reclamos liberales del momento mejorando la condición de sus gobernados. La revolución comenzó de una manera gradual y pacífica en toda Europa.

Preparados de ese modo los materiales para la redención humana, Francia se encargó de precipitar los acontecimientos. Reunidos en Versalles los Estados Generales el 5 de Mayo de 1789, tocó á Mirabeau, Baylli y Barnave, representantes del Estado llano, esparcir el germen revolucionario, hacer triunfar las aspiraciones liberales del pueblo y dar á Francia una Constitución democrática. Esto acontecía el 27 de Junio de 1789. Pocos días después, el 14 de Julio, el pueblo francés se congregaba y asaltaba y tomaba la Bastilla, prisión fortaleza tras aquellos espesos graníticos muros cometía el despotismo los más abominables crímenes y los liberticidios más horribles.

* *

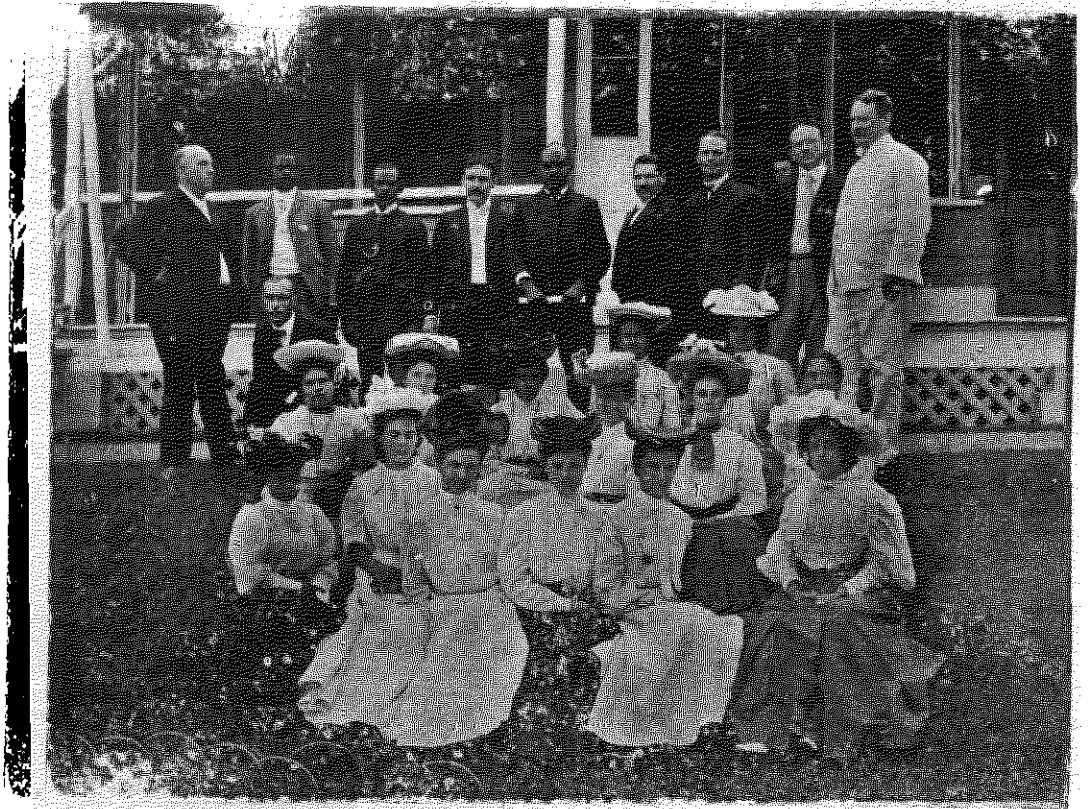
He aquí algunos detalles relacionados con el sombrío edificio cuyo nombre ha tenido la triste honra de pasar á la posteridad como símbolo de terror y de infamias.

Fué construída la Bastilla bajo el reinado de Carlos V, el año 1370.

El primer detenido que ocupó sus calabozos fue Hugo de Aubriot, quien por orden del Rey había colocado la primera piedra del edificio.

La prisión fortaleza constaba de ocho torres, llamadas del "Tesoro", de la "Capilla", del "Pozo", de la "Libertad", de la "Bertandiese", de "Bassiniero", del "Rincón" y del "Condado".

Infinidad de calabozos, húmedos y sombríos, á los cuales jamás llegaba la luz de un rayo de luz, formaban el interior de



EN LA ZONA.—Primera Convención de maestros de escuela, reunida en Ancón el 3 de Marzo pasado

aquél maldito laberinto del cual sólo se salía para el eterno é incognoscible viaje. Dichos calabozos estaban clasificados en dos clases: empotrados en el subsuelo unos, á más de siete metros de profundidad, se conocían con el nombre de *oubliettes* ó *in-puces*; otros eran designados con el nombre de *calots*.

Penetrar en la Bastilla equivalía á poner un pié en los umbrales de la eternidad.

El decano de los presos de la Bastilla, literato inteligente y hombre de un vigor extraordinario, fué el poeta Romigue, quien por publicar un epigrama satirizando los vicios de la corte de Luis XV, permaneció en prisión durante CUARENTA AÑOS!

Latude estuvo encerrado 35 años; el Conde de Leges 32; Linguet 7; y durante periodos más ó menos largos pero crueles, Guillermo Harancourt; el Obispo de Verdun; los Duques de Nermours y de Birón; Fouquet (archimillonario); Lally; Labandoné; el Mariscal Richelieu; la Condesa de Brinvilliers y Voltaire.

Al ser tomada la Bastilla por el pueblo de París sólo había en ella siete presos, entre ellos un anciano de lengua barba blanca que había perdido por completo la memoria.

Quando la justiciera piqueta demoleadora acabó con la Bastilla, era Gobernador de la fortaleza el miserable Launay, que fue decapitado y cuya cabeza fue paseada por el pueblo, clavada en un tridente, por las calles de París.

* *

El 14 de Julio de 1789, la toma de la Bastilla, marcan una nueva era en la vida política y social de la humanidad. En la Revolución francesa se cristalizó el pensamiento redentor de todos los oprimidos. El pueblo francés disponía de las universales simpatías. Los materiales revolucionarios estaban disseminados por todos los Estados de Europa. Era un duelo á muerte entre el TRONO y el PUEBLO, entre los que gozaban ARRIBA y los que sucumbían

ABAJO, sin distinción de razas ni nacionalidades, duelo á muerte, universal, humano!

Cúpole á Francia la dicha de recoger el guante y de salir vencedora en la contienda.

La victoria alcanzó á todos los de ABAJO é hirió á todos los de ARRIBA.

No era un pueblo el que triunfaba, era un ideal, un principio filosófico el que surgía.

No era un Rey el que subía las gradas del cadalso, era una casta de *origen divino* la que sucumbía.

Mientras las Actas de París amparaban á todos los desheredados, la revolución castigaba á todos los coronados, al clero y á la nobleza, á los que explotaban los cuerpos y á los que especulaban con las almas!

Lease el Decálogo de la libertad, las Actas de París, después de la Revolución.

«Los hombres son iguales en derecho. Todo poder emana de la Nación y debe ejercerse para su felicidad. La voluntad general hace la Ley; la fuerza pública asegura su cumplimiento. Ni arrestos ni destituciones sin formación de causa. Todo ciudadano es admisible á los empleos. La libertad natural, civil y religiosa de cada hombre, su seguridad personal, su independencia absoluta de cualquier autoridad que no sea la de la Ley, excluyen toda indagación sobre sus opiniones, palabras y escritos, mientras no turben el orden público y no lastimen los derechos del prójimo».

He ahí la obra de la Revolución francesa.

Si la venida del filósofo Cristo se conoce en la cronología ortodoxa con el nombre de ERA CRISTIANA, la Revolución francesa debe distinguirse con el nombre de ERA DE LA LIBERTAD.

DIOCLECIANO RAMOS Y GARCIA.

A orillas del mar

A GUILLERMO ANDREVE



AMELIA, no seas tan esquiva. —dijo una señora de hermosura en decadencia, á una joven como de catorce años, que había contestado con visible indiferencia el saludo de Alberto, que llegaba de la ciudad.

La tarde esplendía como una ave luminosa que agitara enormes alas.

Estaban á la orilla del mar todas las familias que en la época del calor podían ir á tomar baños refrescantes y alegres.

Amelia, en silencio, miraba desdeñosa un ramo de flores que Alberto tenía en la mano, y que era prra ella, para entregárselo como una prueba de que el viaje lo había hecho sólo por ir á verla, y no por gozar de los lucros del paseo.

La joven lo había comprendido así, y preparando su ánimo, tan sólo le permitió un saludo muerto en flor.

Por la mente del joven pasaron soplos negros de trágicas determinaciones. Frente al océano en calma estallaba en silencio la turbulenta tempestad de un alma.

El la amaba hacía tiempo, y ella había alentado al principio su cálida pasión, dejándose envolver en las miradas ardientes, reveladoras, como una flor que se deja besar por los rayos de la aurora.

Después empezó á huír, sembrando la duda, la vacilación en aquella alma ardiente, y cuando no podía retirarse, cerraba los oídos á las insinuantes palabras.

Jamás había encontrado la manera de hacerla explicar su repentino cambio, porque para ellos el amor había sido casi mudo, apenas percibido en la explosión luminosa de las miradas.

Sin embargo, eso era bastante para crear ensueños, para llenar de dicha una vida, para embargar locamente un enamorado y tierno corazón.

Alberto volvió la vista hacia el mar, aparentando indiferencia, abstracción; escuchó la ronca voz de aquel azulado torbellino de olas, contempló el límpido cielo barrido por el viento y la gloria del Sol cayendo sobre las ondas espumosas.

Aquel seno atronador le pareció una fosa digna para sus imposibles amores. El abismo de la realidad atraía al abismo del ensueño.

Sí, dijo interiormente, lo haré; pero antes he de poner en sus manos estas flores que con tanto cariño traje, cuidándolas, defendiéndolas por todo el camino.

Se despidió y fué á sentarse sobre la cima de un peñasco.

Allí, sumido en delirantes meditaciones, con una tormenta en el cerebro, no oía el chocar violento de las olas bajo sus pies.

Estuvo inmóvil largo tiempo; después se levantó y fué á buscar á sus compañeros.

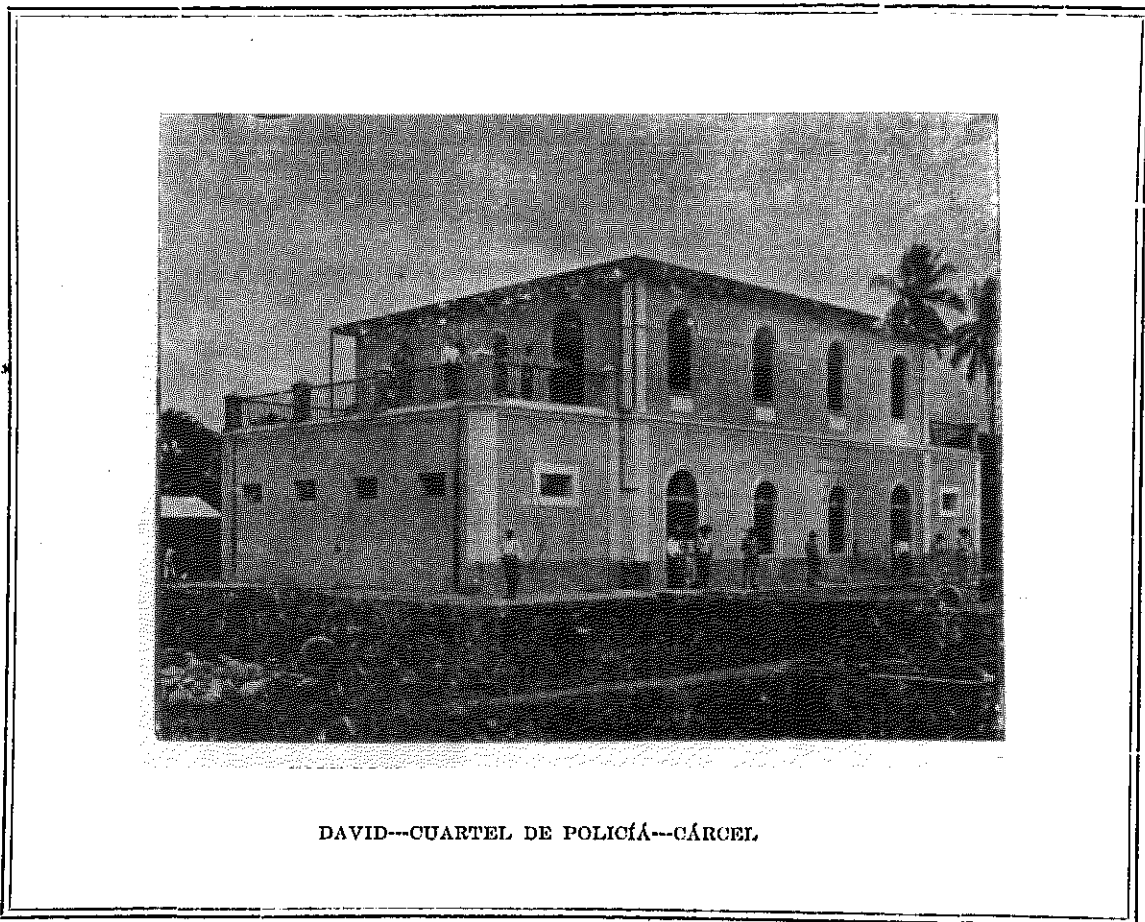
Ya era de noche y el beso fresco de la brisa unido al de los rayos de una fulgente luna, calmó un poco la llama que sentía arder dentro del pecho.

Entonces pensó en la manera de hacerla recibir las flores.

El tenía una amiga que lo era también de Amelia. Esa amiga se las entregaría como un regalo de ella, y para evitar cualquier excusa, se las prendería ella misma sobre el seno. Ese fué su hermoso sueño durante el viaje: ver las flores estremecerse sobre aquel corazón, como un copo de irisada espuma detenido sobre la azul onda palpitante.

Así lo hizo y luego se fué á dormir.....

A la mañana siguiente la costa estaba llena de bañistas, cubiertas de vistosos trajes y sombreros encintados, de largas y tendidas alas.



DAVID---CUARTEL DE POLICÍA---CÁRCEL.

El mar ascendía lentamente sobre la arena, con rumor de fiera aprisionada; y los grupos de mujeres asidas de la mano rodaban entre el tumulto de las olas.

De pronto una se desprendió de un grupo de aquellos, y, arrastrada por las olas que la envolvían, desapareció entre el choque de las otras olas que reventaban.

Pasaron algunos momentos sin que se le oiera surgir sobre el agua. Corrió la noticia, se extendió el pánico, sin que nadie se atreviera á ir á buscarla.

Llegaron algunos varones, fueron informados, y permanecieron inmóviles ante el peligro.

Alberto también estaba allí, observando con silenciosa calma, y meditaba que la ocasión era propicia para encubrir la realización de su pensamiento. Era un buen nadador, se había criado á la orilla de un lago bravío y podía salvar á aquella joven. Después percería él sin que se adivinara su voluntad de morir.

Ante el asombro de todos se quitó la ropa exterior y se lanzó al agua.

Entre el rugir estrepitoso de las olas y el mudo silencio de la ansiedad, penetró hasta el punto en que la joven había desaparecido; la buscó y no pudo encontrarla.

Se acercó á una peña saliente y subió á ella para mirar en derredor.

La vió flotar distante de él, mar adentro, donde el agua se levanta sin reventar en olas. Descendió con rapidez y partió nadando gallardamente sobre la superficie. Llegó hasta ella, la asió del vestido y emprendió el regreso. Unas veces guiando la vuelta, otras empujándola, hasta la orilla.

Todo se apresuraron á recibirla y prodigarle los precisos cuidados sin tomar en cuenta al salvador audaz que tan soberbiamente había triunfado del peligro.

El aprovechó esa desviación de la multitud para escaparse.

Volvió fatigado corporalmente, pero también en su espíritu hervía uno como fragor de tormenta. El ignoraba á quién iba á salvar, cuando se encontró frente á ella, en la soledad

del abismo, y la reconoció, con una conmoción potente y avasalladora, ¡morir con ella! se dijo. No, ni un momento, continuó; ¡salvarla y morir después! ¡Quién ha dado vida á un soplo de felicidad, bien puede morir en seguida, seguro de la inmortalidad del recuerdo! Luego, al paso que luchaba con ella hacia la costa, le hablaba su amor de florecimiento de esperanzas, de dichas próximas, de un triunfo seguro sobre aquel corazón indiferente. Esa fué la última idea que sobrenadó en su mente.

Cuando oyó que lo buscaban para agasajarlo, para llevarlo donde ella, quizás porque ella deseaba verlo, darle las gracias, algo más, tal vez el perfume de las flores de su alma, en aquellas horas supremas en que volvía á la vida por el vigor, mejor dicho por el amor de aquel joven, entonces, entonces, procuró Alberto ocultarse y salió huyendo hacia la vecina montaña,

Allí, bajo la sombra vivificante de los árboles, entre el rumor de la armonía solemne de la foresta, nuevos pensamientos surgieron en su mente. La vió agradecida, brindándole, embriagadora, su cariño, y orgullosa de ser amada por un héroe.

Comprendió que aquello no era amor, que no era la pasión que él había ansiado despertar en el alma de Amelia. Eso era la manifestación de otro sentimiento que él no quería, que despreciaba; que tal vez aborrecería si lo llegaba á sentir aletear en las ráfagas del aliento de la que tanto amaba. Aquello era una cosa fría, reflejo, perecedera: Gratitude.

Se levantó resuelto, montó en su caballo y tomó el camino de la ciudad.

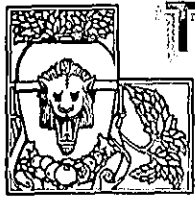
Llegó, abrazó á su madre, y partió lejos, tal vez para no volver jamás.

J. D. VENEGAS



DESDE MADRID

VARIOS POETAS



TRAS un período de aplanamiento é infecundidad, en que apenas se hizo otra cosa que imitar á los vates consagrados, á Bécquer, á Núñez de Arce, á Campoamor, la poesía lírica se levanta con nuevos alicios y mayor variedad de matices. De ello dan muestra los poetas de que va á hablarse en este artículo.

Sea el primero D. Antonio de Zayas, autor de varios libros de poesías, al través de los cuales su rima y su facultad de evocación artística han ido adquiriendo la madurez y armonía con que aparecen en el nuevo libro que ostenta el solitario título "Leyendas." No es legendario,

sin embargo, sino plenamente histórico, el fondo de este libro. Le forman poesías de asuntos históricos, cosa muy corriente en la actualidad, como si la poesía, hastiada de los eternos temas poéticos de carácter subjetivo, que no tienen época, y no familiarizada aún con los temas modernos, quisiese reposar y recrearse entre las bellas imágenes del pasado. Mas los asuntos históricos de las poesías del señor Zayas, no son asuntos clásicos. No se trata de griegos ni romanos, de dioses ni de héroes de la antigüedad, de ninfas ni de faunos, de "hetairas" atenienses ó corintias, ni de matronas latinas.

"Leyendas" es un libro castizo y romántico. Nuestra Edad Media, nuestro Renacimiento y los tiempos anteriores á la revolución francesa,

de los cuales se despega ya el nombre consagrado de "modernos," son los que evoca el libro del señor Zayas. Los títulos de "Cronicon," "Semblanzas," "Flos Sanctorum," "Romancero" y el más discutible, desde el punto de vista de la exactitud, de "Palimpsestos," caen bien á las poesías coleccionadas en este volumen, muchas de las cuales son semblanzas breves de personajes históricos. El Rey Sabio, la Reina Católica, Cisneros, el Rey Católico, Hernán Cortés, el apacible y jovial Berceo, el regocijado Arcipreste, el Canciller López de Ayala, el Marqués de Santillana, están retratados en lindos versos que recojen y fijan las líneas más salientes y efectivas de cada una de esas ilustres y viejas figuras. En otras composiciones, el asunto es de imaginación, pero el fondo tiene también vivo colorido histórico. Mención especial merece por lo acabada, la que se intitula "El talur," que es una verdadera miniatura de códice medioeval.

La composición titulada "La tienda del anticuario" está bien ideada, interesa y contiene hermosos versos. Pinta el poeta los objetos amontonados en la tienda del chamarilero. Allí están entre otros:

El arcabuz que detonó en Pavía.
El grave infolio consultado en Trento.
La maltrecha coraza que sabía
Del corazón del héroe el movimiento.

Los dos últimos versos son muy bellos, y expresiva y feliz la imagen. Volviendo á nuestro cuento, las cosas que hay en la tienda del anticuario se animan por arte de magia y van contando su historia. Hablan un abanico, un devocionario viejo, una espada, un retrato, y cada uno evoca lances, épocas, visiones fugitivas de amor, de glorias guerreras, de pasadas costumbres.

Siento que la necesidad de hablar de otros poetas me impida consagrar mayor extensión al libro del señor Zayas, pero antes de pasar á otro asunto, algo he de decir de la rima. En ésta, como en otras muchas colecciones de poesías, veo el triunfo de los metros consagrados por la tradición sobre aquellos otros que, ó bien son imitaciones de la métrica francesa, ó bien retornos á los primeros vagidos de la versificación castellana, á los primitivos tanteos de nuestra métrica. Los mejores versos del señor Zayas son los endecasílabos y los octosílabos.

Merecen también mención, aunque sea breve, algunas combinaciones de la rima. Por poco educado que tenga el oído el lector, reparará en las estrofas monorrítmicas que abundan en la primera parte de este libro; tercetos y cuartetos con una consonancia única, abundancia de pareados, cuartetos divididas en dos parejas de versos áconsonantados que caminan una á continuación de otra.

Estas combinaciones, que no serían de alabar en versos de asuntos modernos, parece que dan cierto tono antiguo, cierta monotonía y cierta simplicidad de rima primitiva, á las composiciones de asunto histórico del señor Zayas y en este sentido son interesantes, como un delirado arcaísmo de la rima.

Modas de Nueva York



Chaquetas de paseo

"Elegías," de E. Marquina, es otro libro notable de poesías, que confirma la merecida fama de poeta que tiene el autor entre las personas de buen gusto literario. Las poesías que ha reunido Marquina en este libro son poesías amorosas. Las inspira un sentimiento amoroso que sin tornarse enteramente platónico, de pura y sublima lo que hay en él de sensual hasta convertirlo en una adoración de la belleza y en un culto semirreligioso á la amada. Lo que queda de sensual en este erotismo poético arde en una especie de llama mística que lo sutaliza y lo aparta de todo naturalismo. Así, estas poesías, que por la perfección en el decir, por la elegancia de sus rimas y por el cuidado filológico que revelan, tienen cierto aire clásico, no son nada clásicas en el espíritu. Atendiendo á la naturaleza íntima del sentimiento, el amor que canta el señor Marquina es el amor caballeresco y cristiano, aunque sus versos no tengan giros eclesiásticos ni devotos, ni en ellos se hable de hermosas castellanas, de justas, ni de cortes de amor. Algo hay en ellos del espíritu de la poesía provenzal, trasladado á los tiempos modernos.

Lo que sobresale en las "Elegías" de Marquina es la excelente expresión. Quizás hay poco brío en estos versos. A la métrica podría hacerse alguno que otro reparo, pero todo lo que el poeta dice está dicho excelentemente, con una sencilla elegancia que enamora y con esmero (no asequible á todo género de lectores) de cincelador de la palabra. En este bello breviarío del amor, abunda el madrigal, ennoblecido y limpio de la frivolidad originaria.

Los ojos de la amada
matan la voluntad con la mirada.

No se puede pintar mejor en dos versos el suave imperio de unos hermosos ojos. Como

hay algo de la suave delicadeza italiana de Garcilaso en este elogio á unos labios:

..... ¡Oh enteramente vivos
queridos labios, sin querer lascivos!
¡Oh púrpura vertida á manos llenas,
oh sangre contenida á duras penas!

Otro es el estilo de don Francisco Villaespesa, cuyo nuevo libro, "Las canciones del camino," acusa notable progreso. Las composiciones del señor Villaespesa son bastante desiguales, poco trabajadas, defectuosas algunas en la rima, pero revelan una viva y potente imaginación, junto con el sentido musical del verso. Así, con una poesía mediana, nos sorprende á veces la belleza y vigor de una imagen, ó en una rima corriente la repentina y vibrante armonía de una estrofa. Tiene, pues, el señor Villaespesa la primera y excelsa cualidad del poeta, que es la fantasía creadora, fecunda en imágenes.

La intuición poética del autor de "Las canciones del camino" suple muchas cosas. Se observa esto, por ejemplo, en aquella de sus poesías que aspiran á ser medallones clásicos, como la titulada "Camafeo." No creo equivocarme mucho al pensar que el señor Villaespesa tal vez no sepa griego ni latín, ni haya frecuentado mucho la lectura de los poetas de la antigüedad, que sólo pueden ser bien apreciados en su idioma. Pero, con todo, hay en esa poesía que cito algo del antiguo espíritu helénico, eternamente joven y armonioso al través de los tiempos. Es la adivinación del poeta.

En "Las canciones del camino" hay gran variedad de metros, de asuntos, de combinaciones. Pero lo que da la nota es la blanda música amorosa que percibiréis en "El jardín de los

besos" y en otras composiciones semejantes blanda música que parece sonar al través de una tenue neblina de ensueño.

A muchas leguas de la región del ensueño, en pleno imperio de lo concreto y real, está el último poeta de quien voy hablar en esta rápida reseña: D. Antonio Casero, que en un regocijado libro titulado "Los gatos," ha reunido gran copia de poesías festivas. De este libro dicen en el prólogo y en el epílogo, que todas esas cosas tienen razones muy discretas y donaires muy oportunos el señor Picón y los hermanos Quintero. Y en verdad que las poesías madrileñas del señor Casero, por su espontaneidad, su gracia y su fácil versificación, son de lo mejorcito que se ha publicado en su género. Heredero de la musa juguetona y "costumbriesta" de D. Ramón de la Cruz, el señor Casero ha recogido en sus versos lo que suele haber de ameno y pintoresco en los hechos y dichos de la chulería madrileña, que así, en verso, resulta mucho más presentable que en la realidad.

El hampa gana considerablemente al ser pasada por el tamiz de la poesía, aunque sea de la poesía satírica, no ya de la de pujos sociológicos que persigue la idealización de los miserables, "ex-hombres," y demás apreciables desharrapados. El señor Casero escribe con mucha gracia y su libro es de los que no aburren. Un arsenal de la risa.

E. GOMEZ DE BAQUERO.

Madrid—1906.

Pompadour

En tus ojos claros, la viveza escancia
el licor galante de un amor gentil;
y al verte, en el alma dejas la fragancia
de un bouquet muy suave de rosas de abril.

Eres de la Dama Pompadour de Francia
un remedo alegre, loco y juvenil;
y como ella tienes la leve elegancia
de esas figurinas finas de marfil.

Y de tu alma muestras el floreal tesoro
como se abre en jiros abanico de oro
¡oh tú princesita de risa triunfal!

En tu breve cuerpo la elegancia anima
y tus ojos singen soñadora rima
de un mágico artista de genio oriental!

JOSÉ GALVEZ.

Lima, 1905.

Yo vengo de un brumoso....

Yo vengo de un brumoso país lejano
regido por un viejo monarca triste.....
Mi numen sólo busca lo que es arcano,
mi numen sólo hanehela lo que no existe.

Tú lloras por un sueño que está lejano,
tú guardas un cariño que ya no existe,
se pierden tus pupilas en el arcano
como dos alas negras y estás muy triste.

Eres mía, nacimos de un mismo arcano
y vamos, desdeñosos de cuanto existe,
en pos de ese brumoso país lejano,
regido por un viejo monarca triste.

AMADO NERVO.

Marina

PARA PEDRO SONDEREGGER -AVE
VIAJERA DE ALMA INQUIETA—

Yo quiero ir navegando por mares espumantes
Sobre olas que parezcan de risueño champaña,
En una barca-artífice de maderas de extraña
Arqueadura, y sugestiva cual harpas sollozantes.

Quiero ir encantado entre los iris cambiantes
Que Anacreonte trae en la jovial maraña,
De su franca alegría que ni hiere ni daña
Y que llega hasta el alma con las auras vibrantes.

Llevar copa labrada y púrpura de vino
Cual brújula oscilante marcadora del sino...
Y en los flancos arqueados de mi barco risueño,
Con guirnaldas de flores verdes ramos de viñas
Invitándome al canto y á mirarme en las niñas
De los ojos de Psiquis que me llama al Ensueño.
Panamá, Mayo, 1906. JOSÉ OLLER.

NOTAS

Pablo Arosemena D.

Un cablegrama de Nueva York, fechado ayer, comunicó la muerte de este apreciable caballero, víctima de lenta y tenaz dolencia.

Pablo Arosemena P. reunía dotes apreciables que lo hacían acreedor al aprecio de cuantos lo trataban. Buen hijo, buen esposo y buen padre, era también amigo sincero y ciudadano cumplido.

Sean nuestras palabras de condolencia para su inconsolable viuda y para su amoroso padre, el distinguido amigo nuestro Doctor Pablo Arosemena, así como para la numerosa familia del extinto vivamente afectada con pérdida tan sensible cuanto inesperada.

Odisea de un poeta

Desde fines del pasado Junio se halla en el Salvador Darío Herrera, nuestro querido compatriota. En la imposibilidad de residir en la tierra natal cuyo ambiente utilitarista y antiliterario no sienta bien á su naturaleza y aspiraciones. Darío peregrina por tierras de América. Ultimamente iba en viaje del Perú á Guatemala y el estado de su salud, muy delicada durante la travesía, lo hizo quedarse en la más pequeña, viril y próspera de las repúblicas centroamericanas, en donde deben haberle dispensado acogida grata

los Velados, Acostas, Ambrósias, Gavidias y demás notables literatos salvadoreños, á quienes nosotros como compañeros y paisanos de Darío Herrera agradecemos las distinciones de que le hayan hecho objeto.

Grato envío

Manuel S. Pichardo, el culto y distinguido amigo nuestro, redactor de *El Pigaro* de la Habana, la primera publicación literaria de Cuba, nos envía galantemente un manojito de versos suyos, inéditos, que formarán parte de su libro en preparación *Credos y Visiones*, al que pondrá prólogo Rubén Darío.

Publicamos los versos del inteligente poeta habanero por quien sentimos viva simpatía y le agradecemos su amable recuerdo.

Para las Damas

Publicamos un hermoso grabado de modas neoyorquinas, dedicado á nuestras damas elegantes á quienes ha de agrandar de seguro. La mujer panameña, gentil y presumida, posee un gusto exquisito para las confecciones y siempre bien trajeada es alegría de la vista y regocijo del espíritu.

Fina atención

José D. Vanegas, un inteligente amigo y literato nicaragüense, nos ha hecho objeto de

su más fina atención dedicándonos un bello articulo suyo, *A orillas del Mar*, que encontramos publicado en el periódico leonés *La Patria de Darío* y que reproducimos en el presente número.

Damos las gracias al amigo Vanegas á quien no hemos olvidado á pesar de larga ausencia, y con cuyos últimos triunfos literarios nos regocijamos de todo corazón.

Gratitud

El Sr. Diocleciano Ramos García nos ruega hagamos pública su eterna gratitud y su eterno reconocimiento hacia todas aquellas personas que han tenido para él palabras de consolador cariño con motivo de la muerte de su padre.

Notificación

La hacemos por
Chitré y la Vía
nestres ver
canceler
ya q'
ño